

Envío mi obra maestra a un concurso literario

Rigoberto Gil Montoya

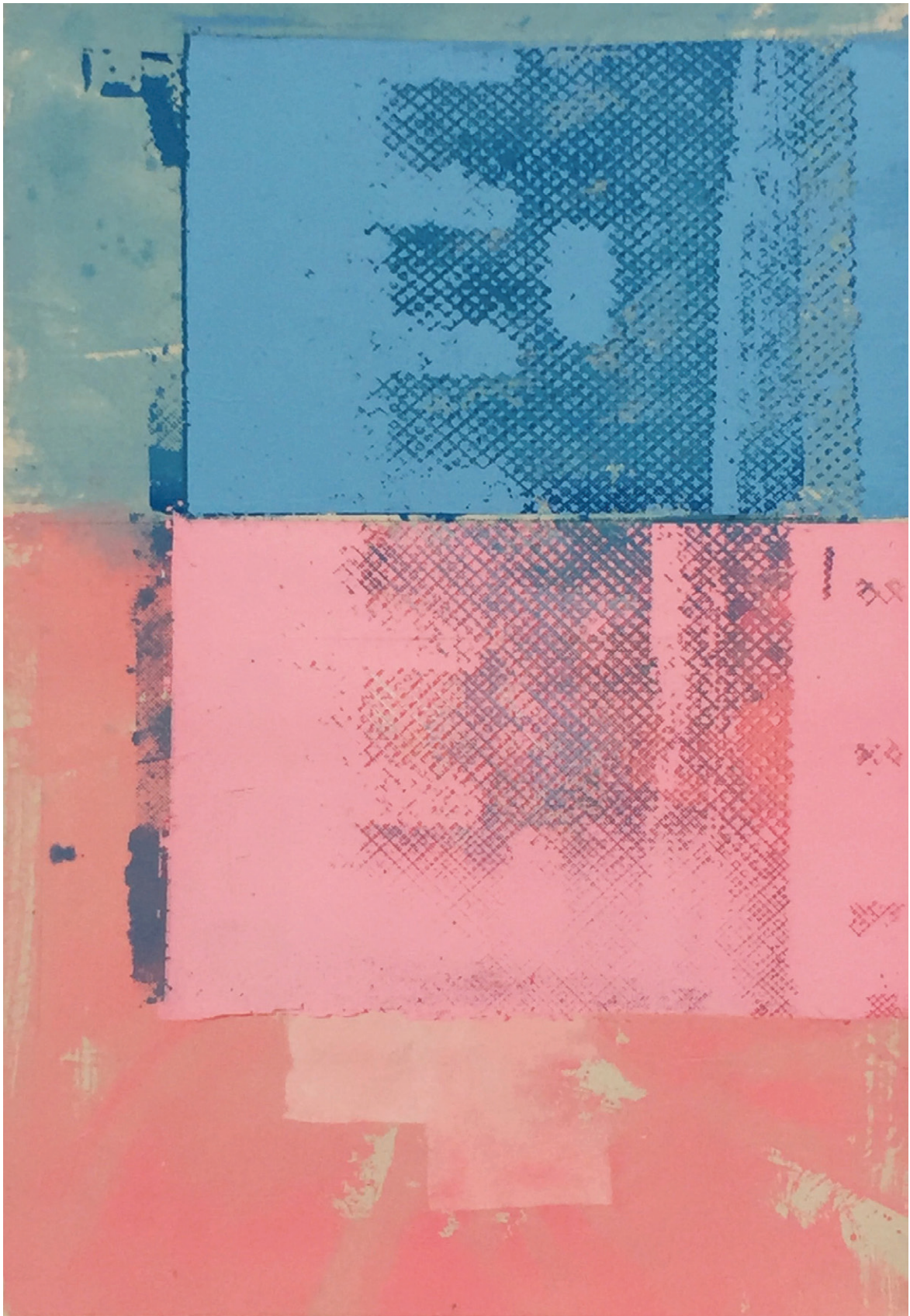
El asunto tiene esta apariencia: alguien ha decidido escribir una obra literaria, mezcla de inteligencia temprana y objetividad imaginativa. Alguien, quizá ingenuo y un poco presumido, decide que en la palabra quiere extender un mensaje, el testimonio de su interesante paso por la vida. Este alguien, con elevada autoestima, empieza a creer en el ejercicio de la escritura y se empeña en él. Ha leído un par de libros donde los autores confiesan sentirse más cómodos viviendo entre *fuerzas ficticias*, lo que les permite asumir la evasión como un acto de rebeldía, a lo Valéry. En otro par de libros ha leído que los escritores son capaces de lanzarse al abismo por encontrar el adjetivo certero, el sustantivo único y por eludir, a toda costa, el uso del gerundio y de los participios terminados en *ado*, *ido*.

A partir de esos cuatro libros iluminadores y nocivos, el autor novel pierde toda compostura y se impone la tarea de indagar en los claroscuros de la creación: cuestiona las formas tradicionales de la representación narrativa; practica el yoga estético, que es tanto como respirarle en el cuello a los aforismos; acude a talleres literarios a discutir sobre el uso de la primera persona y el valor del monólogo en la trama del *bildungsroman* o novela de iniciación; subraya en Shakespeare sus reflexiones filosóficas sobre el poder y la identidad sexual de los nobles de sangre. ¿Y dónde queda la sexualidad de los bastardos, cómo entenderla?, se cuestiona. Refuta a un Auster frívolo, de paseo por las calles de Brooklyn; pone en duda la profundidad de Philip Roth en *La mancha humana* y amplía el catálogo de su biblioteca con *Féretros tallados a mano* de Capote. Piensa que esa obra podría servirle de modelo

para escribir una saga sobre el crimen organizado de su país. Una saga que, desde luego, es la primera vez que se traza como proyecto.

Pero el asunto tiene una segunda apariencia. Este alguien, un poco más experimentado y por tanto más escéptico, va a conferencias de poetas posvanguardistas y se pregunta, con bajo perfil, casi en susurro, por la permanencia del arte en la cultura de masas, por el compromiso político del artista y si aún es posible defender la idea del arte por el arte en tiempos de la posverdad. Cuestiona a eruditos por el lugar que quieren limarle al yo en la novela moderna; refuta a fanáticos del *fast food* que apoyan la permanencia de la narrativa de McOndo y relega a los académicos a meros divulgadores del viejo arte que él empieza a perfeccionar en silencio. Rememora sus años de adolescencia y juzga a sus profesores de colegio: los odia por haberlo obligado a leer los dos poemas épicos del ciego Homero en un solo semestre y se arroja al vacío de los prejuicios que él confunde con la experiencia. Uno de ellos es tan claro como el fracaso: conmigo nace una nueva forma de escritura, una manera poco usual de subvertir lo que se ha hecho en este país de románticos y gramáticos. Se trata de apostar por la individualidad, sostiene, por creer en la capacidad de construir un mundo sólido, poético y si con este arrojo promuevo cambios en la tradición literaria, mucho mejor. Así de complejo, o de simple, es el asunto.

Al llegar a este momento, nuestro autor y estimado alguien ha escrito una obra. La contempla en su ordenador, la pule a la altura de la página 20, habla de su “nuevo hijo” con sus amigos en Arakataka, el bar del centro, pero



Juan Raúl Hoyos. 1-46. De la serie *Reordenamientos*. Acrílico sobre lienzo. 162 x 112 cm

luego guarda distancia con ellos, ahora que lo conminan, digamos, a que les envíe el primer capítulo o el tercero, pero él desconfía, qué tal que quieran traducir, a sus espaldas, la sentencia de Proudhon: “La propiedad es el robo”. Al apaciguarse y al volver sobre la página veinte para agregarle una coma y eliminarle unas comillas, decide imprimir la obra: la observa a distancia, la manosea, calcula su peso y piensa en Kafka. No sabría decir por qué, pero piensa en Kafka y también en Borges, en *El libro de arena*. Ese mismo autor se desespera con ese objeto —monstruoso cuando se despierta incrédulo, bello cuando se despierta optimista— que parece crecer sobre el escritorio. Pero esto es solo un efecto: el de la ausencia de lectores y reconocimiento. Llegado a este punto, este alguien decide enviar su manuscrito a concurso.

De la doble apariencia pasemos a la realidad. Lo real es que ese alguien presumido, ingenuo y soberbio que describí arriba tiene nombre y coincide con el mío. Así que seré yo el que de ahora en adelante contaré un caso de vida, aunque parte de esa vida, como prolongación de un deseo, como metástasis del temor a la inacción, ya ha sido expuesta en las apariencias iniciales.

Para empezar, admito mi comodidad frente al mundo complejo de la industria cultural, de los circuitos del arte, de las élites intelectuales que deciden qué y cómo leer, de las listas de los mejores autores y libros, de los guetos de sabios que reinan en los campus universitarios y en cuyas lecciones magistrales señalan quién es el mejor y quién perdurará en los bordes de una realidad cambiante y frívola. También acepto mi comodidad al participar de un sistema de estímulos, en el seno del capitalismo amable, creado bajo esa premisa competitiva que sonaba a musicalia en Plaza Sésamo: “Yo siempre seré el primero, yo siempre seré el primero. Y el último yo”. Cuando uno envía su obra máxima — así sea la primera en su pírrico repertorio — a concurso, uno tiene la seguri-

dad, durante un buen tiempo, de que pronto va a recibir una llamada irreplicable. Una voz de acento impostado, pero amable, me dirá lo que yo ya sabía: “Su obra, escritor Gil, ha merecido el premio entre más de trescientas obras enviadas a concurso. El jurado está feliz con su escogencia. Y gozoso de comprobar que la literatura pasa por un gran momento”. Uno intentará no pasar al exceso, no parecer ridículo, medir su emoción, como lo enseñaba Gombrowicz. “Lo sabía. También sé en qué me gastaré el dinero del premio y sospecho a quién este premio lo dejará insomne”, escribo en mi mente alegre y exitosa. Pero a esa voz fugazmente cómplice, uno le expresará lugares comunes: “No puede ser”. “Es increíble”. “Me tomó por sorpresa” y un etcétera de expresiones prefabricadas que la voz lejana, aceptémoslo, está harta de escuchar.

Pero aquí he descrito lo ideal: eso de haber recibido la llamada de anuncio y felicitación. Describir lo que sigue a esa llamada puede ser tan cursi como querer ocultar la felicidad, el modo en que nuestro ego cambia de estado y se transforma y cómo eso modifica, al menos por un tiempo, mi relación con los otros. En realidad lo que suele pasar, cuando uno envía su obra maestra a concurso, es que no pasa nada: nadie llama a tu móvil, nadie te obliga a levantar tu teléfono fijo, nadie te escribe un correo, nadie te anuncia que ya salió el acta de premiación, nadie parece estar enterado de que estabas participando en el certamen. En fin: sientes que el mundo te quiere negar como a Samsa y te quiere convertir en un simple recuerdo, como a Bartleby, el escribiente. ¿Qué pudo haber pasado? La pregunta retumba en tu cabeza durante una semana, tiempo suficiente para llegar a unas conclusiones sencillas: el jurado no era idóneo; el jurado no comprendió tu propuesta renovadora; el jurado sintió que tu obra era demasiado buena como para estar por encima de sus propias expectativas, ya que suele pasar que los jurados también son escritores. Un típico caso de envidia,

de pandemia nacional. A la segunda semana, cuando ya la frustración te torna insoportable para tu familia y amigos, cuando retumba en tu cabeza la musicalia en la que te recuerdan que tú nunca serás el primero, contemplas, impertérrito, la posibilidad de que tu obra, enviada por correo certificado, se extravió, no llegó a la entidad promotora del concurso y terminó como papel de piñata en Saint-Pierre, en plena isla de la Martinica. Cambias de rutina e indagas por la identidad de los jurados, los sigues por Facebook, buscas sus entrevistas, resaltas sus ideas erróneas, lees algunas de sus entradas en blogs y crece en ti la necesidad de desprestigiarlos, sobre todo en el círculo de tus amigos que, irónicos los muy insolidarios, siguen pidiéndote que les envíes el primer capítulo o el tercero de tu obra maestra.

Cuando estás a punto de sentirte un Conde Contar fracasado, vas a misa de domingo y juras, frente a la imagen de un santo que tiene el perfil de escritor medieval, que ningún jurado desconocido, ningún novelista menos prometededor que tú, va a cruzarse en tu carrera. Más sereno, regresas a casa, vuelves a mirar tu obra monstruosa sobre el escritorio y la abres en la página cincuenta y tres y te das cuenta que allí anida un grave error de sintaxis, que no es posible que lo hayas cometido y, por otra parte, que es inadmisibile crear una imagen sobre la bondad tan lastimera, que qué pena del jurado. ¿Habrán llegado hasta allí o no pasaron de la página veinte? Te arriesgas de nuevo y abres tu obra en la página ciento veintitrés y aquí te desinflas y viene a tu mente la figura de Kafka. ¿Por qué Kafka? Bueno, no lo sé. Lo que sigue a continuación es lo más parecido al flagelo, a la humillación. Tendrás que reconocer que si bien tienes entre manos una obra maestra, aún es imperfecta. Esa noche de revelación duermes mal, pero a la mañana siguiente te levantas optimista y vas directamente a la página "Escritores.org". Allí se anuncia el cierre de un concurso internacional. Cuentas con dos meses, tiempo suficiente para convertir tu



Juan Raúl Hoyos. 1-98. De la serie *Reordenamientos*. Acrílico sobre lienzo. 162 x 307 cm

obra en la obra maestra que están esperando los jurados leer en el verano.

Y así, entre llamadas que esperas con ansiedad y llamadas que jamás recibirás; entre odiar a un jurado desconocido y el deseo de recibir un premio de las manos de Villoro en México; entre quitar una coma y partir un párrafo y agregar una tilde y prescindir de un capítulo entero, sobre todo el capítulo trece, se te va la vida. No será gran cosa, pero en mi situación, podría confesarlo frente a la imagen del santo escritor medieval el próximo domingo, soy feliz, un poquitín frustrado, para qué agregar más leña a la hoguera de las apariencias, pero igual soy feliz y quiero que me perdonen por estos días los muertos, es decir, los demás participantes a los que nunca llaman, de mi felicidad.

Rigoberto Gil Montoya es ensayista y narrador y se desempeña como docente en la Universidad Tecnológica de Pereira. Especialista en Literatura Hispanoamericana y Magíster en Comunicación Educativa, es Doctor en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Algunos de sus libros son: *El laberinto de las secretas angustias*, *La urbanidad de las especies*, *Perros de paja*, *Arlt y Piglia: conspiradores literarios*, *Plop* y *Mi unicornio azul* (Premio Nacional de Literatura Universidad de Antioquia en 2014). Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.